LIBROS

Michi Strausfeld
MARIPOSAS AMARILLAS Y LOS SEÑORES DICTADORES. AMÉRICA LATINA NARRA SU HISTORIA

Terry Tempest Williams
CUANDO LAS MUJERES FUERON PÁJAROS. CINCUENTA Y CUATRO VARIACIONES SOBRE LA VOZ

Patricio Pron
TRAYÉNDOLO TODO DE REGRESO A CASA

Sergio del Molino
LA PIEL

Cynthia Ozick
CRÍTICOS, MONSTRUOS, FANÁTICOS Y OTROS ENSAYOS LITERARIOS

LIBRO DEL MES

Carlos Elizondo Mayer-Serra
Y MI PALABRA ES LA LEY. AMLO EN PALACIO NACIONAL

ENSAYO

Defensa e ilustración de la literatura latinoamericana en Alemania

Michi Strausfeld
MARIPOSAS AMARILLAS Y LOS SEÑORES DICTADORES. AMÉRICA LATINA NARRA SU HISTORIA
Barcelona, Debate, 2021, 576 pp.

GUSTAVO GUERRERO

Nuestra deuda para con ella es más o menos la misma que tenemos para con un Roger Caillois en Francia o un Gregory Rabassa en Estados Unidos. Durante más de cuarenta años, entre 1974 y 2016, Michi Strausfeld fue la principal mediadora editorial entre las distintas literaturas de América Latina y los lectores alemanes, una informada y dinámica *gatekeeper* que fomentó, gestionó y dirigió la traducción y la publicación de los autores y las obras de nuestro continente desde casas tan prestigiosas como Suhrkamp y Fischer. El fruto de su labor se plasma en un catálogo de aproximadamente doscientos cincuenta títulos que constituye un riquísimo muestrario de la producción latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX y representa sin lugar a duda el mayor canon de nuestras letras en la lengua de Goethe. Es impresionante, casi abrumador, recorrer hoy esa lista en la que figuran desde precursores del *boom*, como Rulfo, Carpentier u Onetti, hasta el clásico cuarteto que componen Vargas Llosa, Fuentes, Cortázar y García Márquez, pasando por la poesía de Paz y las ficciones documentales de Tomás Eloy Martínez, sin olvidar a algunas voces más recientes: Yuri Herrera, Juan Gabriel Vásquez o Karina Sainz Borgo.

Como puede adivinarse, *Mariposas amarillas y los señores dictadores*, que se editó en Alemania hace un par de años y ahora sale en lengua española bajo el sello de Debate, nos propone una relectura de este ingente catálogo y una recontextualización del mismo en la trama de las circunstancias personales, profesionales e históricas que hicieron posible su construcción. Por un lado, el libro se presenta así como unas apenas disimuladas memorias de editor, a la manera de aquellas de *Por orden alfabético* (2006) de Jorge Herralde o de las algo anteriores de Mario Muchnik que empezaron a publicarse con el volumen *Lo peor no son los autores* (1999). Por otro lado, *Mariposas amarillas y los señores dictadores* es también un intento por servirse del catálogo como de una variada paleta que permita componer un vastísimo fresco de la historia cultural del continente, desde Cristóbal Colón hasta el México de López Obrador, una ambiciosa síntesis de seis siglos en quinientas

páginas, probablemente inspirada en aquellas grandes panorámicas de nuestra novela que solían armar Emir Rodríguez Monegal o Fernando Aínsa, o quizás en aquel viejo ensayo documental de Carlos Fuentes que se intitulaba *El espejo enterrado* (1992). En cualquier caso, con unos y otros comparte tópicos y temas, amén de una periodización de la historia latinoamericana que se estructura básicamente entre la Conquista, la Independencia y el siglo XX.

A lo largo de sus tres partes y sus dieciséis capítulos, el libro de Strausfeld trata de establecer continuamente puentes y pasadizos entre estas dos perspectivas, la macro y la micro, integrando a obras y autores del catálogo en las grandes narrativas históricas y coronando cada capítulo con una breve crónica que, en un tono más personal e íntimo, nos cuenta un momento especial de la relación entre la editora y los escritores latinoamericanos a los que hizo traducir y publicar en Alemania. Para algunos lectores (y me incluyo entre ellos), las páginas más logradas y entrañables del ensayo se hallan en estas secciones, pues en ellas se nos relata fragmentariamente una pequeña historia que a menudo no resulta menos sorprendente, azarosa o entretenida que la grande. Para ser breves, digamos que se trata de cómo una joven filóloga alemana, que se enamora de América Latina gracias un documental de Hans Domnick, decide viajar a Colombia para escribir su tesis sobre *Cien años de soledad* (1967) a pesar de las reservas de su director académico, Rafael Gutiérrez Girardot, y, a su regreso a Europa, se une al equipo de Siegfried Unseld en Suhrkamp, quien le ofrece la posibilidad de ser la editora de las principales voces de ese ancho y desconocido mundo que ha saltado al primer plano de la escena internacional tras el *boom*.

Así comenzamos a seguir a Strausfeld por las distintas latitudes de sus viajes entre Europa y América a lo largo de cuatro décadas puntuadas por sus encuentros y desencuentros con algunos de nuestros escritores más célebres y admirados. La serie se abre en los años setenta, en París y en Frankfurt, donde la descubrimos junto a Carpentier y somos testigos del aprieto en que pone al cubano cuando le reclama la escasa veracidad de la súbita conversión al comunismo de la protagonista de *La consagración de la primavera* (1978). Unas páginas y varios años después, la acompañamos en una excursión al corazón del Amazonas con los Vargas Llosa y, entre el calor y los mosquitos, compartimos su perplejidad ante la inopinada recitación del *Canto general* (1950) de Neruda que el novelista peruano, haciendo gala de sus dotes de actor, emprende en plena selva. Más tarde, y ya de vuelta a los escenarios urbanos, la vemos dar un inolvidable paseo con Cortázar por el París de *Rayuela* (1963) mientras se cocina la tardía traducción alemana de la novela, o bien la seguimos de gira de lecturas por Frankfurt, Colonia, Hamburgo, Berlín y Múnich con un Tomás Eloy Martínez que no sale de su asombro cuando comprueba que los lectores alemanes están dispuestos a pagar en todas esas ciudades para escuchar a un autor sudamericano prácticamente desconocido.

Son muchos los momentos de esta accidentada y simpática crónica de la vida de nuestra editora que cabría citar aun, pero solo voy a mencionar otros dos que, por cierto, ya fueron comentados por Juan Cruz en la reseña del libro que publicó en *El País*. El primero es el que se intitula "El mechero de Rulfo" y donde nos cuenta cómo el mexicano se deshace de un encendedor Dupont dejándoselo en prenda, o acaso de regalo, de un modo tan indirecto y oblicuo como la producción de sentido en sus novelas y cuentos; el segundo es el hermoso retrato de Octavio Paz en Estocolmo, en la entrega del Nobel de Literatura de 1990, y la emotiva evocación de las conversaciones que tiene con él en Barcelona y París en los años siguientes. Strausfeld no esconde su fascinación ante un hombre al que describe como a un visionario, dotado de una inteligencia excepcional y clarividente. Y bien lo prueba recordándonos que los tres asuntos mayores que ocuparon sus últimos días son hoy justamente tres de nuestros principales problemas: a saber, el inquietante regreso de los nacionalismos, el peligro que representa un capitalismo sin límites y la multiplicación de las amenazas a la libertad de expresión.

La otra sección del libro, la de las grandes narrativas históricas, arroja una suma bastante impresionante de informaciones que permiten sin duda que el lector alemán poco enterado se haga una idea del proceso de formación de América Latina. Sin embargo, esta sección no siempre escapa de los problemas que plantean los ejercicios de divulgación. Me refiero específicamente a las generalizaciones que a menudo borran las particularidades, a las visiones panorámicas en las que desaparecen matices y detalles, y, en fin, al afán de claridad, consensualidad y accesibilidad que obliga continuamente a simplificar y resumir. Así, aunque Strausfeld nos advierta que su propósito es narrar la historia de la región a través de su literatura y que por tanto dará prioridad a

las obras que mejor se presten a ello, resulta difícil no echar de menos una presencia más destacada de Borges a lo largo de estas narrativas. Tampoco es fácil aceptar que Bolaño sea apenas una sombra o que Piglia, Saer y Aira brillen por su ausencia.

Con todo, hay que reconocer el inmenso esfuerzo que representa armar semejante relato histórico y la importancia de las preguntas que suscita esta correlación entre literatura e historia por lo que toca a la comprensión que se puede tener de la cultura latinoamericana en la Alemania de hoy. Porque, definitivamente, como en un caleidoscopio de variadas geometrías, ni la estructuración ni la valoración del corpus de nuestra literatura son las mismas cuando se mira desde Berlín o desde París o desde Barcelona o desde México. El ensayo de Strausfeld esboza una serie de interrogantes sobre las variaciones y jerarquías de dicho corpus en su versión alemana y, con casos como el de Isabel Allende, nos invita a reflexionar sobre su influencia a nivel internacional. Es más, y como si esto fuera poco, *Mariposas amarillas y los señores dictadores* nos llega como un grito de alarma ante la drástica y rápida reducción de la presencia de la literatura latinoamericana en los mercados europeos actuales, un fenómeno del que la autora da expresa cuenta en su libro y que las cifras confirman año tras año. Mientras muchos de nuestros colegas se cruzan de brazos y consideran que se trata de una tendencia irreversible, casi fatal, Strausfeld escribe un ensayo de quinientas páginas para plantar cara y seguir defendiendo en Alemania el lugar de una literatura a la que le ha entregado lo mejor de su tiempo y de su empeño desde hace ya medio siglo. Creo que no se puede menos que aplaudir y quitarse el sombrero: *chapeau, madame*. —

GUSTAVO GUERRERO es ensayista y consejero literario para la lengua española de Gallimard.

ENSAYO

Tener una voz

Terry Tempest Williams
CUANDO LAS MUJERES FUERON PÁJAROS. CINCUENTA Y CUATRO VARIACIONES SOBRE LA VOZ
Traducción de Isabel Zapata
Ciudad de México, Antílope, 2020, 284 pp.

KARLA SÁNCHEZ

Una semana antes de morir, la madre de la escritora y ambientalista Terry Tempest Williams (Corona, California, 1955) le regaló su colección de diarios con la condición de que no los abriera hasta que hubiera partido. Tenía 54 años y cáncer de mama, la misma enfermedad que mató a varias mujeres de su familia. Como mormona Diane Dixon Tempest tenía dos obligaciones: procrear y escribir diarios. Cuál fue la sorpresa de su hija al abrir sus hermosos cuadernos forrados en tela y descubrir que todos estaban en blanco. "Los diarios de mi madre son lápidas de papel", pensó Tempest Williams.

Tuvieron que pasar veinte años para que la escritora se sintiera lista para enfrentarse a las hojas en blanco que heredó. Para lidiar con el silencio de su madre, empezó a usar las libretas como sus propios diarios. Pero más que registrar lo que hacía de manera cotidiana, como usualmente hacían las mujeres mormonas, Tempest Williams decidió escribir la historia de la creación de su propia voz. ¿Qué significa tener una voz? es la pregunta que orienta su búsqueda interior y que da pie a *Cuando las mujeres fueron pájaros*. De esta manera, los cuadernos que su madre le heredó transmiten los conocimientos que la autora adquirió a través de su madre, de sus abuelas y de las mujeres de su familia. "Todas tenemos nuestros secretos. Yo tengo los míos. Retener palabras es poder. Pero compartir nuestras palabras con otros, abierta y honestamente, también es poder."

Como miembro de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, Tempest Williams también tenía la tarea de traer más niños al mundo. A los diecinueve años se casó con Brooke Williams, un joven apasionado de la naturaleza como ella. Pero, al cumplir veinticinco, la autora no sabía qué camino iba a tomar su vida. Daba clases de biología en una secundaria conservadora en Salt Lake City y su familia esperaba con ansias que ella y su esposo se sumaran a las jóvenes parejas con bebés en brazos que se congregaban cada semana en el templo. Fue tras su desastrosa fiesta de cumpleaños que decidió romper con los modelos tradicionales impuestos a las mujeres mormonas e irse a estudiar el posgrado: "Tener hijos podía esperar. Mi deseo de encontrar mi voz en el mundo, no."

En este recuento tan íntimo como familiar, Tempest Williams comparte algunos de los momentos más cercanos que vivió con su madre y sus abuelas, así como su relación con su marido, su amor por la naturaleza y lo que significa la escritura para ella. Temas que en varios de los 54 apartados en los que se divide el libro se entretejen. Por ejemplo, cuando reflexiona acerca de la sexualidad de las mujeres, los ciclos de la naturaleza y el silencio que la sociedad ha impuesto para hablar de

la menstruación, el uso de anticonceptivos y el aborto. "Somos seres sensuales y sexuales, intrínsecamente unidos al Cielo y a la Tierra, nuestros cuerpos hologramas. Al retener el poder derogamos al poder, y eso crea la guerra."

Fiel a su ideal de que la intimidad de las mujeres es un asunto que incide en la vida pública, Tempest Williams conjunta su actividad literaria y su labor docente con el cuidado y defensa del medioambiente. En *Cuando las mujeres fueron pájaros* la preocupación por la crisis ecológica no es menor. Tras haber escuchado el discurso que Wangari Maathai pronunció en el foro de la Década de las Naciones Unidas para la Mujer, en 1985 en Nairobi, Tempest Williams llegó a la conclusión de que "los asuntos ambientales son asuntos económicos y son, en el fondo, asuntos de justicia social".

¿Qué tiene que ver el activismo de Tempest Williams con su familia? Todo. Nueve mujeres de su familia padecieron cáncer y siete murieron. Cuerpos mutilados, rotos, devastados a causa de una enfermedad que parecía tener su origen en la radiación provocada por las pruebas nucleares que el gobierno estadounidense realizó entre 1950 y 1992 en el desierto de Nevada. La lista de muertes de su familia está relacionada con la historia del paisaje que la rodea. Por ello no es de extrañar que en los pájaros, las piedras, los árboles y la tierra vea señales de quienes ya no están. "*Escribiré: tomaré mi ira y la convertiré en rabia sagrada. Encontraré significado en sus muertes*", declara Tempest Williams al ser detenida por participar en los actos de desobediencia civil contra las explosiones subterráneas en la zona.

Tempest Williams encuentra su voz en el ayudar a otros, en la denuncia de las injusticias, en el amor que su esposo y familia le brindan, en la compañía de sus estudiantes, en el cuidado de la naturaleza, en la literatura. "Encontrar la voz propia es un proceso que equivale a encontrar nuestra pasión" es la principal lección que la escritora comparte con sus lectores.

Quizá los episodios más sentimentales del recuento de Tempest Williams son aquellos donde medita en torno a la maternidad. El lazo con su madre se extiende a través del tiempo y, pese a que ella no escribió ni una sola palabra en las libretas que ahora su hija conserva, esta incluyó algunas de sus cartas. La caligrafía hermosa y clara de su madre ejerce en la escritora un conjuro que la tranquiliza y en el lector una profunda complicidad que vuelve casi imposible leer sus líneas sin enternecerse. "Le has dado a mi vida dimensiones más allá de las palabras. Mi deseo más profundo para ti es que tengas un hijo o una hija propia y que experimentes por ti misma la dicha de compartirlo todo, como lo hemos hecho nosotras", le escribe Diane a su hija en la carta que le entregó el día de su boda. Conscientemente Tempest Williams decidió no tener hijos, si algo realizaba religiosamente era tomar la pastilla anticonceptiva. Sin embargo, a los cincuenta años se convirtió en madre adoptiva de su traductor en Ruanda. La llegada de Louis Gakumba, de veinticuatro años, a su vida representó la culminación del deseo de su madre.

Antílope acertó al publicar el libro a finales del año pasado, tras nueve meses de espera a causa de la pandemia y ocho años después de su publicación original en inglés. La extraordinaria traducción a cargo de Isabel Zapata llega a los lectores cuando la pérdida de los seres queridos tristemente se ha vuelto recurrente, cuando la crisis climática ha alcanzado niveles alarmantes, aunque eso tiene sin cuidado a nuestros gobernantes, pero también cuando hay cada vez más mujeres que están alzando la voz y siendo escuchadas. *Cuando las mujeres fueron pájaros* es una reflexión actual, conmovedora e inspiradora sobre qué significa ser uno mismo mientras se aprende a vivir sin quienes amamos y mantener presente su memoria. Una celebración de la vulnerabilidad en medio de la incertidumbre. –

KARLA SÁNCHEZ estudió literatura latinoamericana en la Universidad Iberoamericana y es secretaria de redacción de *Letras Libres*.

CUENTO

Como un cuentista rodado

Patricio Pron
TRAYÉNDOLO TODO DE REGRESO A CASA
Madrid, Alfaguara, 2021, 413 pp.

RODRIGO FRESÁN

En 1965, Bob Dylan hizo más que evidente lo que ya venía insinuándose desde hacía un tiempo: la primera de sus varias mutaciones, dejando de lado la social protesta *unplugged* para abrazar la singular visión eléctrica. El álbum con el que comunicó semejante sismo y cisma a sus seguidores se llamó *Bringing it all back home*.

Ahora, más de medio siglo después, con modales inequívocamente dylanísticos, en *Trayéndolo todo de regreso a casa* Patricio Pron (nacido en Argentina en 1975) "toma prestado" el título de aquel LP. Y lo hace para

poner a girar una nueva encarnación corregida y aumentada (la primera fue boliviana y del 2011 con sucesivas escalas en Venezuela y Costa Rica) de algo que viene siendo una suerte de auto-antología *in progress*. Artefacto que ahora, en sello "oficial" y más o menos definitivo (a la fecha), se presume finalmente trae a casa, con amor propio pero (Dylan nuevamente) para poner en su sitio a ajenos, todo lo que al autor quiere conservar de ese tan interior afuera.

Y, sí, se suele promover y recomendar a este tipo de libros como puerta de entrada para descubrir a un autor. Yo, en cambio, siempre pensé que su auténtica y más fructífera función y razón de ser es, en verdad, otra: la de releerlos. En este sentido, *Trayéndolo*... es como una cruza de *Bootleg series 1-3* con *Best of* poco frecuente en nuestro idioma pero habitual en inglés: la especie del *new and collected stories* en la que se reúnen piezas imprescindibles, se rescatan rarezas dispersas y primerizas de primera, y se acompaña con estrenos.

Así, lo que aquí se revisa y se retoca y se reúne y se ordena cronológicamente entre 1990 y 2020, son *greatest bits* ya celebrados y remezclados para la ocasión más una decena de *tracks* hasta ahora dispersos pero destinados al éxito bajo portada que funde a Magritte con el arte de portada del *Wish you were here* de Pink Floyd, otra filia sónica de Pron. Treinta y cinco cuentos sueltos (más nota introductoria que casi se lee como un cuento más) ahora amalgamados en programa orgánico-conceptual que tienen el mérito añadido no solo de contar. Sí: las tramas son brillantes como lo es el gran ritmo de Pron para moverse entre la gracia y el dramatismo, entre la astucia narrativa y el inciso académico de doctorado filólogo romántico y filósofo pirata, entre la dulce epifanía a solas y (quienes conocen a Pron saben de su maestría a la hora de la llamada telefónica maléfica) la diálogo-monologuista acidez desopilante. Pero en tiempos en los que buena parte del relato que habla español parece haber regresado a lo más cómodo y obvio en su factura pulsando sin cesar la cuerda de lo selfi-realista (de)generacional y de lo supuestamente "perturbador" como si esto se tratase de algo novedoso (mientras se olvida de invitar al festejo a eximios *party-animals* del Yo-Tú-Él como Alberto Fuguet o Ray Loriga o Martín Rejtman y se desahucia a los legítimos propietarios de aquella Casa Tomada o aquella Casa de Campo), acaso lo más interesante y lo más agradecible y lo más útil y lo más celebrable aquí son las acrobacias y piruetas formales con las que Pron enfrenta y perfila cada una de sus historias. De este modo, en lo de Pron –sentando cátedra pero a la vez dando lección y aleccionando de pie– la forma acaba siendo también el fondo. O viceversa. Pron, sí, perturba y encuadra; pero a lo que inquieta y reenfoca es al género electrificándolo y haciéndolo mutar e inquietar para bien (para mejor) a un lector que no podrá dejar de sorprenderse primero y agradecer enseguida, surco a surco, la cantidad de recursos que tiene Pron para ser Pron y, por lo tanto, postular su idea (sus muy buenas ideas) en cuanto a lo que deber ser un cuento *proniano* o *pronístico* o, mejor, *prontentoso*. Así, los cuentos de Pron –como las canciones de Dylan– no se conforman con ser simples cuentos a contar y a cantar el cuento. Y *Trayéndolo*... acaba funcionando (y funciona muy bien, valor añadido a lo ya valioso, "mi casa es su casa", parece invitar Pron) como magnánimo catálogo/manual de instrucciones/taller literario para la clasificación y ensamblado y aprendizaje de los muchos modos en los que se puede llegar a narrar.

Hay aquí blues subterráneos, hay musas a las que se cree propias pero no, hay esclavos del oficio/granja contra el que rebelarse, hay fueras de ley, hay salidas al camino, hay sueños, hay tambourineantes profetas alucinógenos, hay infernales puertas del paraíso a trasponer, hay sangre derramada y hay finales que se parecen tanto a comienzos. En *Trayéndolo*... –divididos en tres tramos según la introducción: "el período de la existencia como escritor inédito y los esfuerzos en relación con un segundo libro", "la estancia alemana y los primeros diez años en España", y "unas direcciones posibles a recorrer más adelante"– vuelven a *sonar* los ya antológicos antes de esta antología "La repetición" y "Es el realismo" y "*Salon des refusés*" y esa cumbre de la estampa de la (de)formación literaria que es "Algunas palabras sobre el ciclo vital de las ranas" acompañando, seguro, a tantos otros favoritos de otros. Y se cierra la puerta, por el momento, con *posibilidades* en las que Pron –lo anuncia en las primeras páginas– tienta y tantea nuevos sentidos de un mismo firme y afirmado rumbo.

Mucho de lo que aquí se oye no desentona (en lo que hace a la compresión de argumentos que bien y muy bien podrían dar para muchas páginas más, pero que optan por el desafío y riesgo de la inmensa miniatura) en la compañía de otros hitos de la mix-concentración cuentístico-novelesca como "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius" de Jorge Luis Borges, "Los milagros no se recuperan" de Adolfo Bioy Casares, "Nota al pie" de Rodolfo Walsh, "Diario para un cuento" de Julio Cortázar, "Nombre falso" de Ricardo Piglia y "Memoria de paso" de Fogwill; haciendo lujosa

gala de la capacidad de Alan Pauls para la digresión-en-acción, la peripecia-en-suspenso de Sergio Chejfec y el estallido petrificado de Roberto Bolaño; para espolvorearlo todo con lecciones muy bien aprendidas de lo mejor del Made in USA/UK invocando estrategias como las de Amy Hempel en el tono o J. G. Ballard en lo estructural.

De nuevo: lo dylanesco de Pron no se limita solo al título. Y –como el cantautor nacido en Duluth– este *cuentoautor* de Rosario sabe muy bien lo que hay que leer antes para recién después escribir y ponerse merecidamente a la altura de quienes lo precedieron y así estar presente y tener futuro.

El ya mencionado Piglia concluyó –en la despedida a su reciente y póstumo pero tan vivo *Cuentos completos*–: "No creo que un escritor evolucione, son las formas las que cambian y uno solo debe estar abierto a la experimentación." Esto no solo es cierto sino que encuentra evidencia incontestable en un ya evolucionado en sus inicios Pron quien, polimorfo y perverso, no ha dejado de abrirse a experimentar.

Lo suyo no está –queda claro– *all over now, baby blue*. Pero sí impera aquí un ya acabado estilo cuentístico pasando (más allá de las virtudes incuestionables de su prosa) por el preguntarse no *qué* es sino *cómo/qué* puede llegar a ser un cuento. Y, claro, no limitándose a un *How does it feel?* sino subiendo la apuesta a un *¿Cómo debería sentirse para sentirlo mejor que nunca?* al escribirlo y leerlo. En *Trayéndolo*... Pron (quien tiene todo lo que necesita, es un artista, y aquí mira atrás pero con vista al frente) responde. Y –contante y sonante, como un completo reconocido, cantando y contando hasta 35, soplando y flotando y silbando entre tanto viento idiota, con dirección a una casa de la que es merecido amo y señor– lo hace, siempre, con la respuesta correcta y más y mejor rodada.

P/S: Patricio Pron *también* es un excelente novelista y ensayista. –

RODRIGO FRESÁN es escritor. En 2019 publicó *La parte recordada* (Literatura Random House).

NARRATIVA

Taladrar hasta los huesos

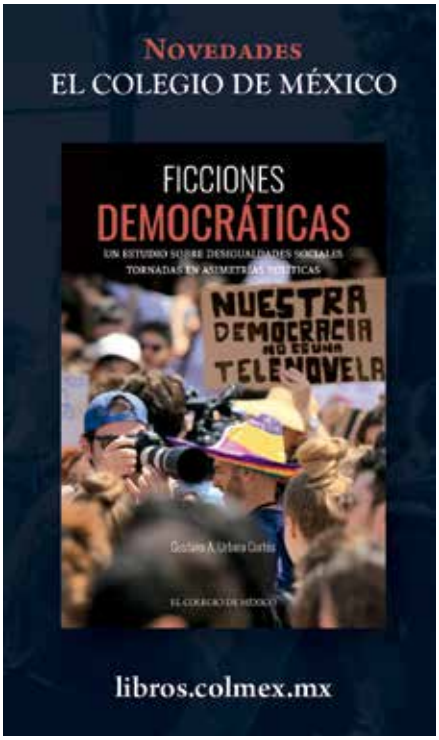
Sergio del Molino
LA PIEL
Madrid, Alfaguara, 2020, 240 pp.

KARINA SAINZ BORGO

Un escritor pertenece a su tiempo no porque lo reproduzca al dedillo, sino porque es capaz de interpretarlo, incluso hasta convertir sus textos en premonitorios. Ese es un rasgo de Sergio del Molino (Madrid, 1979), que ha conseguido extraer la esencia de cuanto lo rodea en cada uno de sus libros. Lo hizo en *La hora violeta* (2013), obra escrita desde el dolor y la belleza; también en su ensayo *La España vacía* (2016), que adelantó el debate sobre la despoblación y el abandono de los pueblos, y ahora en *La piel*, cuyas páginas se distinguen por su elegancia, honestidad y contundencia.

Sabemos de Sergio del Molino lo que él nos ha contado: que la peor orfandad es aquella que sufren los padres y que la memoria de las familias se vacía, de la misma forma en que los pueblos pierden habitantes. En su libro más reciente propone la enfermedad como forma de identidad. Cuando escribe, Del Molino testimonia ciertas demoliciones; propias o ajenas. Su obra no se atiene a un solo género. Es el resultado de la mezcla de varios: ensayo, diario, novela, relato... Un híbrido que el editor Claudio López Lamadrid supo entender a la perfección cuando comenzó a publicarlo hace ya casi una década.

La piel confirma que la de Del Molino es una de las voces más interesantes de la literatura española contemporánea. Su libro aborda nuestra estropeada relación con el cuerpo, el signo de una sociedad obsesionada en domeñarlo, asfixiarlo o podarlo y que descubrió que, a pesar del empeño por la salud y el buen aspecto, una pandemia podía llevárselo todo por delante. El narrador que ha diseñado Del Molino lo proyecta más allá de su biografía. Alguien que nos habla de una enfermedad de la piel, la psoriasis, y a partir de ahí levanta un mapa de



la epidermis como territorio de la memoria.

Obra brillante y ejecutada sin concesiones, *La piel* tiene una elegancia inusual, una contención y al mismo tiempo una ternura que elude el sentimentalismo y consigue la emoción. Ya desde las primeras páginas, el narrador se dirige a su hijo: quiere explicarle su dolor y su angustia, la afección que desmejora su salud hasta cambiar su aspecto físico o incluso desdibujarlo. Un ser desguarecido que habla a aquel que debe proteger. Al tiempo que escribe, Del Molino elabora un relato de la enfermedad y el lento enloquecimiento que supone sobrellevarla. Todo comienza en la piel, pero la sensación taladra hasta llegar a los huesos. Este es un libro de su tiempo: olisquea la afección, la interpreta y la cartografía.

Un Stalin que firma sentencias de muerte en un balneario, un Updike hipnotizado por la piel oscura y tersa de una joven bibliotecaria o el Nabokov desquiciado por la sangre que tiñe su ropa blanca sirven a Del Molino para construir el andamio sobre el que se trepa para hablar de la condición de monstruo, ya sea desde el pellejo del que padece un sufrimiento o del que lo inflige. Cada personaje que escoge cambia el punto de vista y amplifica la resonancia política, vital y estética de la enfermedad como una forma bastarda de identidad. "En el mundo de los sanos las cosas están muy claras y es fácil encontrar disfraces y papeles para interpretar la función. Se puede vivir como padre, como enamorado, como profesional, como guapo o como aficionado al Real Betis Balompié. Como enfermo, en cambio, nadie sabe vivir y, sin embargo, la diabetes es una seña de identidad más profunda que cualquier otra marca de clase o de nación", plantea.

Un individuo tan poderoso como Stalin era capaz de cambiar el mundo, pero no podía dejar de rascarse. Aquejado por la psoriasis, pasaba los veranos en un pueblo en la frontera con Georgia, cerca del mar Negro, cuyas aguas apaciguaban las placas de su epidermis. A pesar de que la afección cutánea lo hacía parcialmente humano, no por eso se reblandecía su capacidad de hacer sufrir a otros: "Antes de cenar, con la brisa del mar Negro que no le rozaba la piel, pues en su silla de mimbre seguía vistiendo camisa y pantalón largos, daba el visto bueno a las ejecuciones del día siguiente. Su hija Svetlana se acercaba a darle las buenas noches y él le hacía cosquillas o le gastaba una broma con palabras georgianas, y Svetlana se iba a dormir mientras él, rascándose la psoriasis con una mano, calculaba la cuota de capturas y muertes del día con la otra."

El 1 de febrero de 1937, Nabokov escribe a su mujer: "No te hablaré de los sufrimientos insoportables que me impone el griego; la picazón no me deja dormir y toda la ropa blanca está cubierta de sangre: terrible [...] Todo estaría de maravilla, de no ser por la maldita piel", concluye en la carta que envía desde París, ciudad a la que llega para avanzar en el traslado de la residencia familiar. Para ese entonces, tanto Nabokov como Vera son prácticamente apátridas. La nueva URSS ya no los reconoce y la vieja Rusia ya no existe. Vera permanece en una Alemania en la que el Tercer Reich avanza a paso veloz, mientras el novelista se mueve de una capital a otra, impartiendo conferencias, y arrastrando por igual la errancia y la comezón: dos formas paulatinas de desesperación.

La piel está escrita sin escatimar recursos. Hay humor fino y ácido, la incorrección de la sinceridad y la capacidad para hablar de asuntos muy complejos a partir de algo simple, para construir metáforas y sostenerlas con belleza. En tiempos de autoficción a la baja y buenismo militante, Del Molino construye un libro profundo, que plantea la contradicción que supone la enfermedad, no como una lucha, sino como una situación inherente a la vida y la muerte: "La idea del enfermo como luchador surge tanto de la necesidad del propio sufriente de que el espejo le devuelva la imagen digna de alguien que aún controla su vida como la idea de la peste. La metáfora bélica es un resorte que salta en la boca de cualquiera: voy a luchar, vamos a vencer, no te rindas. Es una forma torpe de consuelo [...] Son los sanos los que quieren ver enfermos felices."

Tratándose de la piel, este libro está lleno de terminaciones nerviosas. Es sensitivo y testimonia incluso hasta la insatisfacción de un primer beso que va y viene como una jeringa perdida en una playa para advertir el paso del tiempo y la certeza de la muerte. Además de imprescindible, es una contestación al tiempo que habita. Una comezón, un temblor, una cicatriz, un estremecimiento. Estamos vivos y podemos contarlo, aunque el suelo se sacuda bajo nuestros zapatos. Hay desgarros que permean nuestra sensibilidad y permanecen en la memoria de nuestra piel y la de las miles de personas que habitan las sociedades que los padecen. Cuando nada invita a hacerlo, este libro emociona. Deletrea, despelleja y conmueve hasta los huesos. —

KARINA SAINZ BORGO (Caracas, 1982) es escritora y periodista. Su libro más reciente es *El tercer país*, publicado por Lumen este año.

CRÍTICA LITERARIA

Por la palabra pública

Cynthia Ozick
CRÍTICOS, MONSTRUOS, FANÁTICOS Y OTROS ENSAYOS LITERARIOS
Traducción de Ariel Dilon
Buenos Aires, Mardulce, 2020, 285 pp.

ANTONIO VILLARRUEL

En su segundo libro de ensayos traducido al español, la comunidad literaria que enaltece Cynthia Ozick (Nueva York, 1928) tiene fecha de nacimiento, años de esplendor y civilidad, y una más que probable acta de defunción. Tiene, para más señas, un Ayuntamiento –iglesia o sinagoga laica– donde se inscriben los retoños de la briosa cultura de mediados de siglo y se desbrozan los reflujos literarios formados bajo ingenuas ansiedades coyunturales. Allí, en el Centro de Poesía de la calle 92Y de Manhattan, se consagran Auden y Eliot; Burroughs, Ginsberg y Kerouac, por su lado, son inmisericordemente defenestrados. La flamante ciudad mundial era en su arrogancia capaz de acoger y desterrar literaturas, igual que exhibir su canon literario y entenderlo estadounidense. Fundado en 1939, el Centro de Poesía prolongó la estela que Virginia Woolf ya observó en 1910, cuando el carácter humano mutó y la modernidad convocó "esa clase de conciencia abierta que identifica e interroga sus propios movimientos y excavaciones". Al otro extremo del arco, también hospedó el canto de cisne de aquel mundo por desaparecer: el memorable diálogo de 2007 entre la escritora protestante Marilynne Robinson y el hebraísta Robert Alter, reunidos para cotejar la traducción de Alter de los salmos y aventurando si alguna vez sería posible eludir el libro rector de la educación secular y religiosa estadounidense: la versión King James de la Biblia.

Al igual que toda ciudad letrada, la de Ozick tiene fervores caprichosos y omisiones dolosas, más algo de nostalgia e idealización. Si Woolf y Edmund Wilson refinan el ascensionismo de los emigrantes o sus hijos enseñándoles un protocolo de laicismo y erudición, el fantasma de Henry James –según Ozick el mandamás literario de Nueva York y cuya grafomanía imanta a críticos y epígonos que danzan alrededor– deviene una figura casi asfixiante, a la que parecen condicionarse sin remedio las demás escrituras. Aun así, y pese a ser una geografía abreviada, la historia de la vida literaria del siglo XX neoyorquino que describe la ensayista es un pulido modelo a escala de la historia cultural contemporánea, en que la calle y las instituciones civiles se ponen sobre sus espaldas la tarea de reafirmar ciudadanía dispersando señales sensibles y complejas, formas de antagonismo con eje en la razón, la conciencia de colectividad y la educación estética. Aunque la mayoría de estas intervenciones ocurren en Nueva York, los ensayos aquí reunidos, que mucho se habrían beneficiado de una traducción más cuidada, juntan perfiles y momentos perentorios no solo de la ciudad, sino de Nueva Inglaterra, ese posible país al norte y la geografía mejor dotada para irradiar señales literarias meritorias hacia el resto de Estados Unidos. No exentos de exabruptos antisemitas y descalabros chauvinistas, los diálogos y colisiones entre puritanos y descendientes de sabios talmúdicos, desde la nueva Babel hasta la rancia Boston, llevan a Ozick a entender el problema de la identidad como un sucedáneo académico de la fe, y a la fe, cualquiera que sea, como el relato por excelencia de la singularidad norteamericana.

Por ello, la primera parte de su libro se dedica a rememorar a un puñado de intelectuales judíos, novelistas, académicos y críticos en revistas culturales. Formados en instituciones mayoritariamente públicas y radicalizados no en menor medida a causa de los recelos epocales sobre su supuesta ambición desmedida, estos letrados fraguaron un tejido crítico que leyó con especial virtud a incontables escritores, entre ellos James y Hawthorne, e hicieron del comentario literario la médula espinal de la ciudad letrada poscuáquera, esa densidad de cafés, universidades, lecturas públicas y polémicas feroces. Ozick ve en los catedráticos un componente central de las prácticas democratizantes: Lionel Trilling uno de ellos, el profesor universitario y astuto ensayista quien no por practicar el *close reading* se abstuvo de intervenciones más abarcadoras, incluyéndose proyectos de novelas para las que se exigía tener la misma ingenuidad de la que el crítico no puede prescindir. A su lado, Bernard Malamud y Philip Roth, gestionando el mote de "escritores judíos", a sus ojos insuficiente, subrepticiamente prejuicioso, aislante de su condición de ciudadanos estadounidenses. Más arriba, a la altura del mismo James, Saul Bellow, capaz de demostrar que las palabras *novelista* e *intelectual* son redundantes. Bellow es el más lúcido puente entre la propensión académica al encierro y la autosatisfacción, y la intervención erudita en calidad de la más virtuosa de las formas deliberativas. "Después de todo, ¿no había recusado como una 'categoría repugnante' la frase 'escritores judeo-norteamericanos'? Y qué era ese rechazo si no un repudio de esa tendencia

vulgarizadora a pasar por alto el arte para ensalzar al artista como una especie de emisario étnico." Sin prescindir de la conciencia de origen y una reserva mínima de justicia histórica, Ozick relata cómo el novelista de Chicago pulverizó a Faulkner cuando este lo invitó a firmar una carta abierta a favor de la liberación del fascista Ezra Pound, a la sazón recluido –privilegiadamente– en un loquero.

Después de 2007, ya muerta la universidad como prolongación orgánica del espacio público, Ozick no cede a la tentación de rendirse a melancolía reaccionaria alguna. Comenta una polémica entre Ben Marcus y Jonathan Franzen, observa entusiasmada las obras de Adam Kirsch, James Wood o Helen Vendler. Pero ni ningún pájaro hace verano ni una docena de nombres crean infraestructura crítica. Ante la abundancia de novelas, lo que falta "es una institución poderosamente persuasiva, y penetrante, sobre cómo se conectan, qué es lo que presagian en tanto conjunto, cómo abarcan y colorean una era". Los teóricos académicos, de ideologías limitantes, prodigadas en una suerte de jerigonza multisilábica, apenas merecen un paréntesis, un solo paréntesis que les dedica en un formidable ensayo que se duele por el desánimo y la agonía de la crítica literaria, a la que le correspondería sostenerse, igual que la ficción, por derecho propio, sin necesidad de ser el brazo mecánico del encumbramiento de la novela. No lo consigue, desde luego, o no al menos ahora, confinada a las universidades y a la relativamente escasa difusión de los suplementos culturales que marcaban el pulso de la razón y la erudición en calidad de sinónimos del derecho a la ciudad.

Poco se dice de Ozick cuando se la arrincona al costado del pensamiento conservador. A sus 93 lucidísimos años busca nada menos que disputar el consenso sobre el lugar actual de la crítica, a la que ve como el equivalente de la circulación de ideas que asocian obras, comparan épocas y especulan de política desde la literatura. La peor privatización es la del lenguaje, parecería pensar, y contra ello arremete al convocar a sus maestros muertos y a los pocos que la siguen en ese pulso, finalmente la más acabada defensa de la palabra pública. –

ANTONIO VILLARRUEL (Quito, 1983) es ensayista y doctorante en Madrid y Ciudad de México.

LIBRO DEL MES

ENSAYO

Carlos Elizondo Mayer-Serra
Y MI PALABRA ES LA LEY. AMLO EN PALACIO NACIONAL
Ciudad de México, Debate, 2021, 340 pp.

Radiografía del poder presidencial

ANA LILIA MORENO

Extenso, y me atrevería a decir enciclopédico, *Y mi palabra es la ley*, de Carlos Elizondo Mayer-Serra, nos lleva por un paneo minucioso del proceso de concentración de poder, y de la serie de decisiones que han llevado a Andrés Manuel López Obrador a obtener resultados francamente desastrosos en los dos primeros –pero muy intensos– años de su gobierno.

Con sapiencia quirúrgica, Elizondo Mayer-Serra realiza un minucioso análisis de las creencias, y del muy particular estilo personal del presidente. Por décadas opositor y justiciero, otrora contestatario de la autoridad, hoy en el poder, López Obrador demuestra que no sabe gobernar. Sus grandes contradicciones y sus magros resultados anticipan lo que será el resto del sexenio. Una oportunidad perdida, a pesar de la legitimidad de treinta millones de votos que lo llevaron a Palacio Nacional y la confianza en su popularidad, aún robusta del 60% de la población. De esto da cuenta el autor en su capítulo "Radiografía de una promesa", en el que articula numerosas fuentes de información que demuestran la falta de cumplimiento a compromisos tan ambiciosos como el que enarboló con su lema de campaña: "Por el bien de todos, primero los pobres".

Al tiempo que López Obrador reparte dinero en efectivo, la pobreza aumenta. Tan solo entre los meses de febrero y marzo de 2020, 16 millones de

mexicanos cayeron en pobreza extrema a causa de falta de ingresos por la crisis económica. Lo peor, los actos administrativos para destruir capacidades e instituciones que López Obrador realiza serán muy difíciles de restaurar rápidamente en los años venideros. Un futuro presidente que sí busque apoyar a las personas más vulnerables a salir de la pobreza enfrentará retos inimaginables. Así, los programas sociales emblema de esta administración como Sembrando Vida, Precios de Garantía, Jóvenes Construyendo el Futuro, etc. no están generando los resultados prometidos.

Si bien el libro tiende a mostrar una mirada muy crítica a la política gubernamental en diversos ámbitos, el autor busca equilibrios y entendimiento del personaje. Se agradecen las explicaciones detalladas sobre las obsesiones, resentimientos y enojos del presidente que determinan el destino de las instituciones y la afectación a los ciudadanos, como sucedió con el desmantelamiento del Seguro Popular o la centralización de las compras de medicamentos que al día de hoy siguen ocasionando desabasto de medicinas para niños con cáncer. A dos años de su gobierno, podemos estar seguros de que el presidente toma decisiones con base en ocurrencias, creencias equivocadas e intuiciones personales que derivan en políticas discrecionales muy costosas. Tal es el caso de la cancelación del Nuevo Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México o la construcción de la refinería Dos Bocas en Tabasco. Las fuertes convicciones del presidente López Obrador son discursivas. El valor de su palabra expresada en su tribuna matutina –muy semejante a un *talk show*– no solo es fuente de autoridad sino también fuente de derecho, como ha señalado Xavier Ginebra Serrabou. Por ello es peligroso el conjunto de desafíos que el ejecutivo ha puesto a la independencia del poder judicial en una falsa premisa de buenos contra malos. No en vano el bien logrado título del libro de Elizondo Mayer-Serra evoca a la clásica canción de José Alfredo Jiménez.

Una joya del volumen, que el lector no encontrará en otras obras disponibles hoy en el mercado, es el capítulo "Otro presidente apostador". En él, Elizondo Mayer-Serra no solo nos lleva de la mano a entender el diagnóstico energético de México, sino que nos explica con cuidadoso detalle su experiencia como consejero independiente en Petróleos Mexicanos por cuatro años y medio. A lo largo del relato, el autor confronta diversas acusaciones que se le han hecho sobre su desempeño como consejero, aclara los tiempos en que sucedieron los eventos más importantes relacionados con la implementación de la reforma energética de 2013, señala los límites en la capacidad de decisión que tienen los consejeros propietarios –aquellos que fungen también como secretarios de Estado–, relata los problemas que enfrentan para tomar decisiones por el mayor bien de la empresa a causa de un diseño legal defectuoso y que debiera corregirse, y explica los criterios que la ley establece para el ejercicio de dichas funciones. Casos polémicos como la autorización de la compra de Fertinal –en el que ejerció su voto en contra–, o las razones por las cuales renunció al cargo antes de finalizar su periodo son lectura imperdible. Lo mismo su análisis juicioso sobre los riesgos y costos de apostar por un modelo de soberanía energética que resume en once puntos cruciales, dignos de ser memorizados por quienes se interesen en el futuro del país.

En las conclusiones, el autor formula algunas preguntas provocadoras. Por ejemplo, aquella que señala si la probabilidad de que López Obrador permanezca en el poder aumentará en la medida de que cometa ilegalidades; o aquella que cuestiona si López Obrador es realmente un presidente de izquierda y pone sobre la mesa la cuestión de que, dado el tipo de políticas públicas que ha establecido, ¿estaremos viviendo sin darnos cuenta el gobierno de un Bolsonaro mexicano? En este sentido, y no obstante que la primera edición del libro se registró en enero de 2021, el análisis del autor podría resultar profético, sobre todo de cara a la reciente y fugaz aprobación de un transitorio –contrario a la Constitución, según algunos expertos– que amplió de súbito el periodo de Arturo Zaldívar al frente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Coincido con el autor en que resulta inquietante la eficaz propaganda de la actual administración en ausencia de contrapesos institucionales y de una fuerza opositora y liderazgos personales que contrarresten la capacidad persuasiva de la narrativa presidencial. En su libro, Carlos Elizondo Mayer-Serra nos ofrece una visión panorámica y una radiografía de este paradigmático modelo de control político. Vale la pena su lectura. –

ANA LILIA MORENO es maestra en economía por la Universidad de East Anglia en el Reino Unido. Es analista de políticas públicas, desarrollo económico y gobierno corporativo.